

ESTAMPAS DE ESPAÑA:

LA CIUDAD DEL APOSTOL

CAMINO de Santiago, es decir, senda espiritual trazada a través de la historia y del tiempo hacia la Roma española, que bajo la urna sutil de la lluvia y en el relicario pétreo de su Catedral guarda las cenizas del Santo Apóstol.

El misticismo de la Edad Media agita bombardeando el mar de las rías gallegas, para volar antes con la sombra bishechosa de Sant Yago. Las plantas de los peregrinos labran una estela luminosa, y toda la grey cristiana eleva sus ojos aspirando llegar en devota romería a la tierra en que reposa el caballero de Jesús.

La leyenda áurea acrece en su seno esta figura magnífica. Prisciliano — uno de los Padres de la Iglesia española, tildado de herejético — asegura en alguno de sus escritos la presencia en vida del Apóstol Santiago, impulsado por cristianas predilecciones, en tierras gallegas, como por las del Ulis y del Tambre.

Vuelve a Palencia. — ¿por qué no pensar ingenuamente que torna cabalgando el blanco corcel de las estampas? — y no olvida, en medio de las palmeras que decoran el cielo azul, el aroma salobre que prendieron en sus vestiduras los brazos marinos que estrechan a Galicia y la aprisionan hasta en la intimidad umbría de los pináres.

Herodes le hace dar martirio, y al verlo muerto, sus discípulos, trasladan el cuerpo desangrado a Tria Flavia, donde le ofrecen humilde sepultura. Pero la fe no se extingue: es la llama votiva, perenne, dentro del viril. Ocho siglos transcurren, y la memoria de Santiago no se desvanece. Descubren sus restos, los trasladan a Compostela y el fervor crece en torno todo un burgo místico, con templos, monasterios y hospederías. Se comienza al mundo cristiano el ballazgo, y la nueva Roma atrae a peregrinos de Francia, de Bretaña, de Germania y de todas las patrias venteadas por el Aquilón.

Alfonso de Castilla, concede a su hija doña Urraca, casada con Raimundo de Borgoña, el Condado de Galicia y Portugal, y en esta Corte cobra relieve preponderante la figura de Diego Gelmírez, primer Arzobispo de Compostela, el que adhiere la mayor grandesa para la ciudad, orgánica y satílica las peregrinaciones obteniendo que Callisto II,

desde el solio de San Pedro, otorgue a la villa Compostelana las prerrogativas del fúlbico plenísimo.

Galicia se expande, se acrecienta, adquiere fama en los cuatro vientos. Y la raza gallega recibe entre el afluente de los romeros una vena de sangre belta. Hombres del norte, de Irlanda, de Escocia, van tras las huellas de Sant Yago, y quedan prendidos por el amor bajo las copas verdinegras de los pinos. Ellos querían su Roma de cielo gris, esmerilado de lluvia, y la han conseguido con Santiago de Compostela. Sus ojos claros, sus cabellos rubios, se han mezclados al tipo étnico de la costa sur del Cantábrico, y hasta sus instrumentos pastoriles, la cornamus o gaita, que alegró las andanzas del peregrino, quedaron para siempre, hermanando, por el puente incóncito de los sonidos, las campiñas gallegas y las de la Verde Erin.

"No hay lenguas ni dialectos cuyas voces no resuenen allí", escribe el Papa, y la ciudad elegida florece en maravillosas construcciones y la sabiduría se detiene en ella como cujambre que forma su cohenar.

Han transcurrido muchos siglos, y pese a las mutaciones del mundo, al ir y devenir de grandes y múltiples sucesos, a la caída de ciudades, naciones e imperios, a los embates sufridos por la Iglesia con la Reforma y la Contrarreforma, que tiene por capitán a Felipe II; malgrado el tiempo que todo lo demuele, arruina o transfigura, Santiago de Compostela queda en pie, intacta, inviolable, tallada en piedras seculares aromadas de incienso y cera; enraizada como un árbol de tradición. Y es que todo lo fundado en ella percibe al margen de los hombres y de las cosas, compenetrado de esa idea de eternidad que el cristianismo pone en cuanto toca.

El tren va lento, pereoso, camino de Santiago. Es un tren romero, que va saboreando el paisaje. Va a paso de andadura, distraído, como si contemplase por los ojos de su ventanilla el bruxo azul de la ría ceñida a las curvas del monte; luego, la hoz chira y profunda del Miño, moteada de pinos y la alegría dorada, a trechos, de las minucias en flor. También rememoran el verdegay de praderas de oro, los tejos arborescentes, silvestres.

Padrón. Hechavidad... Estaciones pequeñas. Mocas rubicundas, de piel berneja, satinada, como manzanitas



Por
Edgardo Garrido
Merino

invernales; viejecas de cabezas grises, entrapajadas en negros pañuelos; rhinoceros de suecos.

Algún labriego, de pañero, y paraguas abrazando al pecho. Otro, hispido, unariliento, papizo, tal estampa asáltica, bajo la coraza de pajuelas entredesidas que lo arapara del agua.

Ascendiendo el tren, cual si se encaminase a otro Escorial. Se van viendo más bajos los techos de telas negras. El cielo se hace hondo más encanotado de lluvia. Los pinos, en cambio, esta vez más cerca, de tan enredos y cantiques, figuran ser los barros de una taula que quiere sustraer el paisaje.

Santiago anuncia su presencia por el gruñido de sus torres enredadas. Yo estamos en ella en busca de retos vestivos emociones. Peregrinar a Compostela es deshacer un camino de afelos, en retroceder a la Edad Media.

No, no mentan. Santiago se conserva a la manera de Brujas, la Venecia belga. Intacta, sin anacronismos, dentro de su sombría pátina arcada. En piedra toda ella, piedra florida en perfiles románicos, góticos, renacentistas y barrocos; piedra azatachada, buelente, por la lluvia constante.

Des ríos agresivos, temerosos, bordean la ciudad imprimiéndole su contorno. El Saréa y el Sar: este último cantado en versos gallegos, inolvidables, por la gran Rosalía de Castro.

Una alameda, que recuerda igual paseo de otras ciudades levíticas, da

a la entrada del viajero una apalable sensación monástica. Rincón grato a los estudiantes y a los curas. Calle del Hórreo, calle de la Seura. Otras tres calles paralelas, conducen al corazón de Santiago, o sea a su catedral. Son la del Villar, famosa por sus lomas negras y sus porticos, vía Apia donde millares de peregrinos posaron su planta; y la rúa Nueva y la de Caldeirás.

Todo impresiona, todo infunde al ánimo una sensación de quietud y recogimiento. Los balcones cerrados, las calles más desiertas, alzando ecos al pasar el ruidante, enortinadas bajo la lluvia que cae monótona, infatigable, goteando de los aleros y repisas con un gorgoriteo de gárgolas.

La Catedral atrae las miradas. Desde el paseo de la Herradura, próximo a la Alameda, hemos colunbrado su ingente mole de piedra. La portada del Obradoiro es, sin duda, la más alta manifestación del arte barroco. La Catedral de Santiago sintetiza en forma armónica la expresión de varios estilos que corresponden a diversas épocas de su construcción. La torre del Reloj, la Puerta de las Platerías, la fachada de la Azabachería, la Puerta Santa,

con estatuas del siglo XIII, y sobre todo el Pórtico de la Gloria, obra del maestro Mateo, esculpido en piedra a fines del siglo XII, constituyen un conjunto maravilloso.

Cerca de la Catedral está el Palacio de Gelmírez, valioso exponente de la arquitectura románica.

Entre los turistas que vienen a Santiago hay muchos peregrinos que traen en el acento la huella eufónica de nuestra América. Son hijos de Galicia, que han vivido apartados de la "terriña", en larga emigración. Vuelven de Cuba, de México, de la Argentina, de Chile; y realizan un anhelo acariciado largamente.

Se reintegran al paisaje nativo, toman a recibir en los rostros el aliento salobre de las rías, se compenetran de la suave melancolía que invade los ánimos, en medio de la lluvia fina y envolvente.

Yo les veo alborozados, risueños, abriendo la boca con pasmo y júbilo al rendir homenaje de admiración devotísima a los pies del Santo Apóstol.

¿Cuántas veces soñaron la posesión de este instante! Imaginativamente, ascendieron las escalinatas de piedra, se santiguaron al cruzar la entrada principal, detuvieronse absorbiendo ante el simbolismo teológico que el insigne maestro Mateo perpetuó en las imágenes del Pórtico de la Gloria. Recuerdan, quizás, una visita a la Catedral, siendo niños, recibiendo la clásica broma frente a la cabeza en piedra que el propio Mateo puso en la parte baja de la columna central para perpetuar su effigie.

—Mira, no seas perro... Acércate a la columna y verás mejor.

Y luego, el coscorrón sobre la cabeza del escultor.

—Toma, y no lores catedralito... ¡Así no olvidarás el Pórtico de la Gloria!

Ahora, menos alegres que antes, un tanto fatigados por las luchas de la vida, quizás menos fervorosos, acuden los gallegos expatriados a comulgar emociones en la ciudad mística, siempre medieval.

Recogan, en sus ojos de hombres que cruzaron el mar y vieron paisajes más coloridos y soleados, todos los aspectos del templo.

Los objetos litúrgicos y la sala de tapices, como también la prodigiosa custodia de Antonio de Arfe, atraen su curiosidad. Pero ellos desean, antes que nada, ver el botafumeiro, el famoso incensario de plata, orgullo de la Catedral. Es la flor gigante que aroma de cristianismo las viejas piedras de Santiago. En los días de función religiosa, muy especialmente en los de fiesta, el incienso se quema en otros incensarios menores. El botafumeiro está reservado para la más grande solemnidad del año. El 24 de julio, por la noche, se hace arder un fuego de hueria frente a la fachada del Obradoiro. El campanario de la Catedral resuena con sus mejores voces profundas y con una lluvia de sol y estrellas de oro, floreciendo en el cielo de la medianoche, se anuncia el día 25, fiesta de Santiago Apóstol; Patrón de España.

A la mañana siguiente se celebra dentro de la Catedral una procesión mitrada, que adquiere un aire arcaico, tanto por el esplendor de los paramentos como por la música atípica de las chirritas. Entonces, sólo entonces, funciona el gran botafumeiro, balanceándose en sus cadenas, cruzando en valvén acompañado la nave central del crucero; columpio de plata que casi roza las bóvedas, esparciendo la humareda perfumada del incienso.

Santiago, a más de su Catedral, posee otras notables reliquias arquitectónicas. El Hospital de los Reyes Católicos, el Colegio de Fonseca, la Universidad y el Convento de San Francisco, imprimen a la ciudad un sello de extraordinaria belleza.

En el Colegio de Fonseca hay una portada plateresca de inimitable valor, y como ejemplar del más puro románico gallego la Colegiata de Sar atrae todas las admiraciones. Su

claustro, enriquecido de columnas y arcosonados, guarda enterramientos de príncipes, cardenales y obispos: túmulos de piedra, que ofrecen a los ojos la visión de unas estatuas yacentes, dormidas en la muerte y el tiempo.

¿Cómo olvidar ciertos aspectos característicos de Santiago de Compostela? Cual otra Salamanca, bajo los claustros de su Universidad se cultivó la sabiduría, y con ella el desahogado picaresco de las falanges estudiantiles.

Una novela celebradísima, "La Osa de la Troya", ha hecho popular las costumbres de esta ciudad aparentemente triste y severa, agitada no obstante por la inquietud mocril de los estudiantes que dejan oír en las noches de lluvia sus canciones y risas. Ellos resucitan los pasajes de la vida picaresca, que encarnó en las páginas del "Quixote de Alfarache". Traen a la memoria las clásicas estudiantinas, de capa y chambergo, cruzado por una cuchara: guitarra, bandurria y bandolín. Serenatas de amor y holgorios de taberna.

En Santiago de Compostela hay típicos rincones frecuentados por la juventud que estudia y no estudia. En la taberna llamada del Asesino, se comen platos muy sabrosos de la cocina gallega; en otras, hay ricos mariscos, almejas, vieiras, sigalas, percebes, que se rocían en vino del Río-vero o del Condado.

La casa de huéspedes, denominada de la Troya, es un monumento nacional, al margen de los ad católicos oficialmente. Nido de doncellas trapaceras, hogar movido, volandero de moscos bohémios que van y vienen, asilo en que todos los ingenuos juveniles urdieron medios subreptivos en logro de dineros para sus calaveradas, conserva entre sus paredes un estremeamiento de alegría rebosada, como si la vieja casa tuviera la flo-nomía de una hospedera bonachona y risueña que no sabe enfurruñarse con su alozada parroquia.

Santiago de Compostela, mística, silenciosa de una quietud horadada de campanas, enmarcadas sus calles y casonas dentro de una luz da acuarrío, da sensación de vida precaria y lenta. Sin embargo, no es así. Es como un libro, cuyas tapas de pergamino y empuñaduras camborras encerraran ideas y sentimientos vivos. Lámpara de llama eterna, palpitante en fulgore, y alimentado por el aceite de la más legendaria tradición.